

LIBROS

Los orígenes de la revolución rusa

El 16 de abril de 1917, Lenin llegó, desde el exilio, a la estación de Petrogrado (antes, San Petersburgo; después, Leningrado); la pequeña y triste estación de Finlandia fue el primer paso hacia la revolución bolchevique y la conquista del poder. El impulso para este gran salto histórico podía haber comenzado doscientos años más atrás, cuando el italiano Vico publicó —1725— el libro «Principios de una ciencia nueva relativa a la naturaleza común de las naciones, a través de la cual se muestran también nuevos principios del derecho natural de los pueblos». Esta es la idea de Edmund Wilson, autor del largo ensayo histórico sobre el origen de la revolución bolchevique, «Hacia la estación de Finlandia» (1). Las ideas generales de Vico —en una sola frase: que «la naturaleza de las cosas consiste en que nacen en circunstancias y formas determinadas; siempre que se den las mismas circunstancias, surgirán invariablemente las mismas cosas y no otras»— impresionaron profundamente a Michelet, justamente un siglo después a Michelet, sobre todo en su «Historia de la Revolución francesa». La idea de la revolución, que brotó como un pequeño manantial en Vico, iría ampliándose poco a poco en esos dos siglos; pasando por Michelet, fecundaría a Renan, Taine y Anatole France, pero éstos no significarían más que una «decadencia de la tradición revolucionaria»; por otra parte, produciría

los primeros ensayos teóricos y prácticos del socialismo: Babeuf, Saint-Simon, Fourier, Owen, Enfantin, para llegar a Marx y Engels, pasando por los personajes secundarios Lasalle y Bakunin, y, finalmente, a Lenin y Trotsky.

La objeción principal que se puede oponer a este ensayo de determinismo histórico —no ajeno en sí mismo a las ideas de Vico— es bifurcada y dialéctica. Por una parte, el «continuum» revolucionario arranca con los mismos albores de la Humanidad —desde la época de la horda y la tribu— y sus datos aparecen en los primeros libros de todas las civilizaciones; por otra, cada revolución es hija de sí misma, aunque luego busque la forma de entroncar con la teoría de sus maestros. Un estudio más profundo de la propia vida de Lenin muestra cómo éste, a pesar

de la estación de Finlandia», publicado por primera vez en 1940, fue siendo después incrementado con una introducción, con unos apéndices, en los que se saltaba de aquel idealismo a una especie de antipatía y de resentimiento, que en lugar de dirigir contra sí mismos proyectan contra la Historia. En este libro, la superposición es muy clara. Incluso es ingenuamente clara. La introducción misma —de 1971— es un apresurado añadido de hechos anecdóticos negativos para sus personajes frustrantes: Marx tuvo un hijo natural de la «fiel criada», que «llegó en ocasiones a trabajar sin recibir salario», Lenin era «duro y grosero». («Se me ha acusado —dice Wilson— de ofrecer un retrato demasiado benévolo de Lenin, y creo que existe cierta justicia en esta acusación; pero en la época en que se redactó

dibilidad que se desprende de todo ello.

Más directo, más vivo es «El año 1 de la revolución rusa» (2), de Victor Serge, escrito desde dentro mismo de la URSS entre 1925 y 1928, revisado más recientemente (1967), pero mantenido prácticamente igual que en su primera redacción. Victor Serge adhiere su relato a la originalidad de la revolución de la que es historiador y al mismo tiempo protagonista —militante—, arrancándola de la emancipación de los siervos de 1861. Victor Serge se pretende no objetivo, sino parcial, porque entiende que el historiador pertenece a su tiempo, su clase social, su país, su medio político. Pero cree que la parcialidad no consiste en ocultar la verdad —de lo cual acusa a otros «historiadores proletarios»—, por que la verdad sirve a los intereses de su clase; si hay errores, dice, se debe a no disponer de datos suficientes. El valor esencial de este libro —clásico ya en la historiografía de la URSS— es el de su «primera impresión»: muchas deformaciones, en uno y otro sentido, se han acumulado posteriormente sobre los primeros años de la revolución, e incluso sobre la práctica misma de la revolución en el país soviético.

La frustración de algunos de los cálculos históricos del autor y de su tiempo, la inmersión de algunas de sus esperanzas, aparece al lector que conoce ciertos desarrollos posteriores. ■

J. A.

(2) Victor Serge. «El año 1 de la revolución rusa». Siglo XXI de España, Madrid. La primera edición es de 1930; en España se publicó en 1931, en una edición imposible de encontrar hoy. Las ediciones actuales son de 1967 y 1972.



de ser un teórico de enorme erudición y capacidad de pensamiento, fue acoomodando su práctica a circunstancias impensadas, escasamente inscritas en ningún determinismo. La misma forma de desembocar la revolución leninista en la época de Stalin asombra y aterra al autor, que no encuentra rastros de la predicción de su posibilidad en los textos anteriores. Wilson fue uno de los idealistas liberales norteamericanos que creyeron en la transformación del mundo merced a la revolución soviética, y sobre esa creencia escribió su libro. Más tarde, la guerra fría les llevaría a otras posiciones, y la destalinización les justificaría ese cambio de posiciones. «Ha-

el presente libro no contaba yo con otras fuentes que las autorizadas por el Gobierno soviético, las cuales, por otra parte, habían sido manipuladas a su antojo para dar la imagen deseada.» Incluso en su autocrítica, Wilson declara que no fue capaz de prever que «la nueva Rusia habría de conservar muchas de las características de la antigua Rusia: la censura, la Policía secreta, el desorden originado por una burocracia incompetente y una autocracia todopoderosa y brutal». Estos añadidos invalidan el contenido principal del libro, o, si se quiere, el contenido principal del libro invalida los añadidos. En todo caso, el problema es el de la falta de cre-

el abandono, sus propios contenidos en la centralización impuesta por las diferentes formas de absolutismo o liberalismo más o menos real que han guiado los rumbos de nuestro país.

Sin embargo, esta región de geografía extraña, con su línea dominante perpendicular al Ebro, cortada y quebrada en tantos puntos, presenta una compleja problemática, un rico haz de aspiraciones y posibilidades que se derivan de su historia, pero se proyectan en su presente y su futuro.

La primera cuestión a dilucidar es la naturaleza del poder económico aragonés. Qué gentes invierten y se reparten beneficios en la zona. Por qué existe un deliberado interés en poner freno al natural despegue económico hacia formas de producción modernas que por su situación geográfica, sus recursos y aun su infraestructura, debiera haberse producido.

Por qué existe una emigración masiva regional; sólo quedan algo más de un millón de habitantes, la mitad concentrados en Zaragoza.

Por qué se abandonan los campos, a donde el agua de los riegos, cuando llegue, lo hará tarde.

Por qué existe un éxodo de profesionales e intelectuales mayor que en ninguna parte.

Todas estas preguntas tienen ya respuesta superficial, pero es necesario una profundización mayor para dilucidar las causas reales del sopor de una zona-region enormemente vital, pero también fatalmente silenciosa.

Las raíces de esta situación no son, sin embargo, de hoy. Aragón no tuvo jamás una burguesía liberal, emprendedora, acorde con los tiempos. En nada se pareció a Cataluña con su importante presencia histórica en el conjunto español. El movimiento obrero, además débil, estuvo agrupado en torno a un anarquismo banal, indeciso y estéril, en definitiva. La oligarquía y el caciquismo en Aragón —acordémonos de Costa— tuvieron libres las manos para campar a sus anchas.

Muchas cosas han cambiado y creo que otras muchas no ocurrirán. Si el acicate y la

anticultura oligárquica son todavía terner, cerriles y aun violentos, es también indudable que la tierra se hunde bajo sus pies.

Hay un impulso irrefrenable de que esta región expoliada, enmudecida y abandonada, recobre su sentido y presencia histórica y recupere su poder cultural propio.

En este sentido hay que recoger la aparición de «Andalán», periódico aragonés quincenal, intérprete de un amplio sector que quiere sacar a su región del inmovilismo, devolverle la palabra, unirle, darle esa dimensión histórica que ha perdido y propiciar su autogestión política, económica, social, cultural, etc.

En condiciones difíciles, salvando todos los obstáculos imaginables, acosado por unos pocos, apoyado por muchos, ha llegado a su número ocho con dignidad, con desigualdades, pero con muchas perspectivas y esperanzas abiertas.

Frente a los lugares comunes del aragonismo decimonónico, tan cuidadosamente explotados por la oligarquía; frente al cazurrismo y el baturrismo, la terquedad absurda, la milagrería fetichista, la abulia y la indiferencia, el gran conjunto de colaboradores de «Andalán» intenta descubrir el Aragón del trabajo, la producción, la imaginatividad y la cultura. Ese Aragón amante de sus tradiciones democráticas, apasionado de la libertad, martillo de tiranos.

Quiere crear de esta fecunda tradición el cimiento del nuevo Aragón. Situarlo en plano de igualdad a las otras regiones, unirlo a Europa y al mundo. No es lo que ellos hacen —así lo manifiesta en una emocionante carta laudatoria el profesor Tuñón de Lara— regional-costumbrismo cerrado, pura retórica de ellos y para ellos. Se trata de vincular y redescubrir toda una región en sus diferentes planos de actividad social, pero conectada a España, a Europa y al mundo, siendo parte, recibiendo y dando experiencias y solidaridad con las comunidades de cualquier sitio.

Esta primera, corta, irregular y admirable primera etapa de «Andalán», proporciona un es-

Aragón y «Andalán»

Seguramente es Aragón, de entre todos los grupos regionales y culturales que forman el Estado español, el que menos personalidad y desarrollo ha mostrado en las últimas décadas. Aragón, forjado en tradiciones históricas, políticas y jurídicas de gran valor y hondura, diluyó, por la fuerza y